

Julio Arriagada Augier y Hugo Goldsack

# Pedro Prado, un clásico de América

(Continuación)

## DE LA POESIA A LA NOVELA

Hemos dicho, al comenzar este ensayo, que la obra estrictamente poética de Prado se suspende en 1915, con la publicación de "Los Pájaros Errantes", para reanudarse diecinueve años más tarde, es decir, en 1934, con los sonetos del "Camino de las Horas". En este dilatado lapso, el maestro produjo numerosas obras en prosa: en 1915, "Los Diez", poema en prosa; en 1916, "Ensayos sobre Arquitectura y Poesía"; en 1920, "Alsino", vasta novela que tiene aliento de verdadero poema sinfónico; en 1921, "Las Copas", poemitas en prosa; en 1922, "Karez y Roshan", audaz imitación, en prosa, de las formas literarias orientales (29); en 1924, "Un Juez Rural", la

---

(29) "Karez y Roshan" constituye un caso único de suplantación en nuestra literatura. Es sabido que el gran escritor escocés Jacobo Mac Pherson, muerto en 1796, engañó a toda la alta crítica europea con sus poemas "Fingal" y "Temora", haciéndola creer que eran la transcripción escrita de los cantos épicos de un bardo ciego que se habría llamado Ossián, en circunstancias que ese bardo no existió jamás, siendo los poemas, obra exclusiva de él. P. Prado, que fué siempre un fino humorista, realizó en Chile una hazaña parecida a la de Mac Pherson.

única novela de tipo realista que concibió y realizó; y, en 1925, "Androvar", poema dramático.

### "LA REINA DE RAPA NUI"

Estudiaremos las más importantes de estas creaciones, comenzando por una que es anterior a "Los Pájaros Errantes" y que ya hemos citado: "La Reina de Rapa Nui", novela corta de poco más de 150 páginas, aparecida en 1914.

Ni por el tema ni por el modo de armonizar historia y fantasía, poesía y prosa narrativa, esta novela se parecía a otras. Su originalidad era sorprendente y es, por lo mismo, extraño que haya tenido tan escasa difusión. En ella, Pedro Prado realizó el esfuerzo más hermoso por glorificar la vida de los pueblos primitivos, oponiéndola, idealmente, a la triste y dolorosa existencia de los nuestros. Escrita en el momento mismo en que el mundo civilizado va a precipitarse en el infierno del primero de los conflictos bélicos que lo han desangrado en este siglo, "La Reina de Rapa Nui" tiene el valor de una romántica invitación a regresar por los caminos que aconsejara Juan Jacobo Rousseau, recuperando la sencilla alegría de los primeros hombres.

---

Ofendido en su orgullo literario por algunos sabihondos que aseguraban que nadie podría hoy, escribir versos como los de Hafiz, Saadi, Omar Al-Khayam y otros, lanzó al mercado su "Karez y Roshan", asegurando que era el producto de un exótico poeta afgano, cuya fotografía precedía a los poemas. Más tarde, se supo que dicha foto correspondía a un pollero de las riberas del Mapocho, a quien se envolvió en una holgada sábana, a fin de que lo fotografiara un amigo de "Los Diez". Como era de esperarlo, hubo muchos elogios para la poesía afgana... Sin embargo, en honor a la verdad, hay que decir que con esta humorada, Prado tomaba el desquite de otra que le hiciera, en 1916, el gran poeta Domingo Gómez Rojas, quién le entregó para su revista, algunos maravillosos poemas de un anónimo vate que viviría en los alrededores de Santiago. Fué así como aparecieron, en el N.º 1, "Divinidad", "Extasis" y el celeberrimo "Miserere", firmados por Daniel Vásquez. En el número siguiente, ya aclarada la simpática superchería y a petición del público, la revista reveló el nombre de su verdadero autor. "Karez y Roshan" está formado por 4 grupos de poemas: "La flor roja", "Las baladas de Kabul", "De la noche al amanecer" y "De la llave eterna".

Para conseguirlo, Prado procede con notable maestría. Después de un prólogo en el que desfilan los grandes problemas del hombre por boca de un pensador solitario y escéptico, es decir, una vez preparado el ánimo, nos conduce sin esfuerzo por las soledades de los Mares del Sur en busca de la isla remota, cuyo color y atmósfera evoca con habilidad taumatúrgica. Esta inmersión en el aire y el perfume de un mundo perdido crea en nosotros las condiciones ideales para que el beleño de la leyenda aduerma, sin protestas, nuestra razón vigilante. Entonces ocurre el milagro. Hipnotizados, ebrios de fuerzas telúricas desconocidas, sentimos de repente despertarse el primitivo que vive escondido en nosotros, y con él, nuevas dimensiones del mundo, una nueva lógica y un nuevo sentido de la vida. Aceptamos sin vacilar el comunismo totémico de las sentencias de la dulce reina Coemata Etú. Cuando Inú, el guerrero, pasa a nuestro lado con sus armas de salvaje cazador de cabezas, un golpe de sangre espesa nos ciega la vista y sentimos deseos de escupir, como él, el mar, para provocar sus furores. Bajo las estrellas, los corros de las danzas milenarias nos hacen vibrar como un arco desvelado, y experimentamos, como los isleños, la necesidad de amar y poseer con ingenua plenitud adánica, como en los días del Génesis...

Con el pretexto de contarnos un viaje imaginario al lejano dominio insular chileno, Prado parece haber querido actualizar el interés nacional por aquellos peñones volcánicos, que semejan ser el último girón de vida que sobrevive en la vastedad del Pacífico, después de la catástrofe que determinó, según los grupos "ocultistas", el hundimiento de la Lemuria. Su novela enriqueció el menguado acervo de literatura chilena sobre Pascua, y es curioso anotar que ha sido el único escritor nuestro que ha utilizado este tema para el desarrollo de una obra literaria de aliento (30). Otro hecho sin-

---

(30) En el N.º 11, de febrero de 1952, la revista chilena "Nuestro Tiempo" publicó un documentado artículo de Luis Enrique Délano, sobre literatura nacional y extranjera relativa a Pascua. Allí cuenta, entre otros casos curiosos, el de un escritor chileno, Ignacio Vives So-

gular es el profundo conocimiento que Pedro Prado tenía, ya en esa fecha, de las características geográficas, los mitos y las costumbres de Rapa Nui. La leyenda del rey Tukuíhú (¿Hotu Matu'a?), poblador y civilizador de la isla, las tradiciones relativas al origen de los gigantescos "moais" u "hombres sin piernas", la costumbre de elegir jefe al mocetón que sea capaz de robar a la fardela el primer huevo que ponga en los ásperos islotes de Motu Rakao o Motu Nioi, todo lo que más tarde habría de confirmarnos, en eruditas páginas, el Padre Sebastián Englert, va surgiendo sin apremio en el curso de esta novela de incomparable poder evocador (31). Es igualmente admirable el arte con que describe el cielo de la isla, sus bruscos cambios atmosféricos, su extraña flora y su interesante población de nautilus, moluscos, gaviotas, mariposas, lagartos, gallinas silvestres, corderos y caballares. Es de imaginarse qué obra prodigiosa hubiera escrito Prado sobre la tierra de Hotu Matu'a si el destino le hubiera permitido visitarla.

Se inicia la novela con un procedimiento muy socorrido, pero que Prado consigue renovar con tanta habilidad que casi parece original. Es el de contarnos la historia de un personaje que, al morir, deja, entre sus escasos bienes, unas memorias que el autor del libro da, piadosamente, a la publicidad, sin añadir punto ni coma. El de estas memorias que Prado simula transcribir es, en verdad, todo un

---

lar, quien, en 1917, aproximadamente, consiguió hacerse nombrar gobernador de la isla, "sin otro objeto que el de satisfacer su sed de conocerla". Han escrito, también, sobre ella, los chilenos Israel Drapkin, Rafael Edwards, Ignacio Gana, Aureliano Oyarzún, Carlos Charlín, Lautaro Ojeda, Manuel Bandera, Pablo Neruda, Raúl Marín Balmaceda, Julio Tadeo Ramírez, y uno de los autores de este libro, Hugo Goldsack, que relató, en el diario "La hora", la primera y única expedición universitaria a la isla. El escritor y cinematografista Oscar Vila Labra, escribió un hermoso texto para la película documental "Isla de Pascua", realizada por la Universidad de Chile. Otro aporte valioso, es el de nuestro dramaturgo Guillermo Valenzuela Donoso, que enriqueció la literatura teatral, con un interesante drama sobre los explotados habitantes de aquel lejano peñón.

(31) Nos referimos al libro "La Tierra de Hotu Matu'a" del Padre Sebastián Englert, 1948. (Editorial San Francisco, de Padre las Casas, Temuco).

personaje. Preocupémosnos un poco de él. Cuando muchacho, soñaba con el mar. Una vez liberado de la tutela familiar, se estableció en Valparaíso, donde ejerce funciones de periodista. Un día se embarca en la "Jean Albert", nave mercante francesa, destino de Pascua. Más tarde, vuelve a embarcarse y recorre la Oceanía, Australia y gran parte de América. Pudo haber ido a Europa, pero un secreto instinto (¿la "memoria perdida", tal vez?) lo empuja siempre hacia el Pacífico, en busca del secreto de las primeras civilizaciones. Fatigado de haber encontrado poco y nada, regresa con placer a Chile y se establece en la heredad de sus padres. A juzgar por la breve descripción que de ella nos hace el novelista, estaba en las proximidades de la Cordillera de la Costa: "... siguiendo el camino que orilla el estero, en una gran hondonada que defienden cerros yermos, se divisaba, entre los árboles del huerto, el tejado de su casa, cubierto de palomas, y un pequeño campanario". Esta podría ser una prueba más de que Prado prefirió siempre, entre los paisajes de Chile, el de la costa y sus alrededores.

El personaje en cuestión, cuyo nombre no se revela, es un ser dominado por una dulce abulia, que no alcanzaba, sin embargo, a los estratos más profundos de su espíritu. Ajeno a todos los requerimientos exteriores, no se interesaba por refaccionar el viejo caserón ni mejorar el rendimiento de su heredad. Practicaba virtudes y vicios con armoniosa discreción. Había leído mucho, pero meditaba mucho más de lo que había leído. Su sabiduría era considerable. Sin embargo, nombrado, una vez, juez de su distrito, "pronto tuvo que renunciar, porque las sentencias no las dictaba nunca y tenía una afición desmedida por lo pintoresco". En otras palabras, era el padre literario de Esteban Solaguren, el amable protagonista de "Un Juez Rural". Al mismo tiempo, es un curioso descendiente de los personajes d'halmarianos de la primera época, particularmente de Lot, el solitario y abúlico propietario del molino y la lámpara.

Este aventurero acogido voluntariamente a los beneficios de una jubilación bucólica, gustaba filosofar en sus ratos de ocio, que parece "eran los más del año", y creaba, entonces, parábolas y axiomas

que hacen pensar en un abate Coignard sin malicia o en un Cristo ligeramente escéptico...

La narración pascuense propiamente tal, empieza con una hermosa definición de Chile, que acredita el hondo amor que Prado profesaba a su país: "Se ha dicho que Chile es una isla—dice—y yo creo que hay pocas islas tan islas como nuestro territorio. En realidad, sólo poseemos una extensa playa. La cordillera nos empuja al mar, y si la contemplamos a la distancia, azul y empenachada de nieve, nos parece una ola gigante floreciendo su espuma; y si trepamos por ella vemos, en los días claros, un océano inmenso. En la región austral las aguas se internan en los valles estrechos y forman millones de islas. Veo en ello una invitación, y veo en los hermosos archipiélagos, escuadrillas de naves haciéndose a la mar".

Este amor por la tierra chilena—y el conocimiento que de ella revelará, no sólo en ésta sino en todas sus prosas posteriores—tiene su origen en los dilatados viajes de Prado por el territorio nacional. El mismo contaría, mucho más tarde, en 1949, a raíz del Premio Nacional de Literatura que le fué concedido ese año, que muerto su padre, "creí enloquecer. Como un desatentado fuí al norte y me robaron; y fuí al sur, sin rumbo, atravesé varias veces las cordilleras australes hasta volver, por fin, del Neuquén, como si despertara de una pesadilla, convertido en un simple e infeliz arriero". Como el fallecimiento del doctor Prado ocurrió en 1906, cuando el poeta tenía sólo veinte años, debemos suponer que estos viajes se han realizado más o menos hacia la aparición de "Flores de Cardo" o poco después.

Prosigue Prado hablando nuevamente por boca de su personaje: "Aún la conquista de Antofagasta y Tarapacá fué la conquista del fondo del océano, porque toda esa tierra salitrosa estuvo sumergida. Y, río en el mar, la gran corriente que viene del Polo y baña nuestras costas, nos ayuda a dejar el país y a aventurarnos en las soledades del Pacífico".

El héroe innominado cuenta luego las dificultades que hubo de vencer en su diario para conseguir que lo autorizaran para embar-

carse en el "Jean Albert": "—... Aquella isla es completamente inútil, argumentaba el director; todas las otras naciones la han despreciado, y a ello debemos que sea colonia nuestra".

Contrariando sus alegres expectativas, la navegación a Pascua fué un desencanto: "Confesaré que el mar me desilusionó. Sólo en las tardes, algunos crepúsculos soberbios con nubes de fuego y oro formaban en el horizonte lejano un reino de islas encantadas. Nuestro barco con la proa al Poniente se encaminaba hacia ese mundo desconocido".

Una mañana, en que se encontraba afebrado y con un fuerte dolor de cabeza, surgió en lontananza la isla: "Defendida por sus altos y rojizos volcanes, Rapa Nui, desnuda de grandes árboles, era una masa enorme, oscura y silenciosa". Ya más cerca, "la playa blanca de Angapiko se veía salpicada de curiosos".

Después de un desembarco muy dificultoso, nuestro personaje se encaminó, acompañado de un viejo danés, Adams, a la casa del colono Trou de Bornier, donde fué recibido con una amabilidad que no pecaba seguramente de excesiva. Adams había nacido en Aalborg, pero su infancia había transcurrido en Islandia. A los catorce años se escapó en un velero. Logró conseguir, por diversos medios, fortunas que perdió rápidamente. Solterón empedernido, no había querido nunca reconocer hijos (32). Su presencia en Pascua tenía un origen tan casual como todas sus demás aventuras. Estando una tarde en una taberna de Tahití, conoció a M. Trou de Bornier, veterano de la guerra de Crimea y contrabandista, que había ido a conseguir unos poderes especiales de las autoridades francesas, y una goleta bien aprovisionada de víveres, para emprender, en Pascua, una lucha definitiva contra cierta misión de frailes de su misma nacionalidad, que se entrometían en todo y pretendían erigirse en amos espirituales y materiales de todos los moradores de Rapa Nui. Entre quedarse en Tahití, donde la policía lo tenía entre

---

(32) ¿No será este Adams una personificación de A. d'Halmar, su maestro?

ojos, y acompañar a “un gabacho listo”, como Bornier, Adams no vaciló en tomar el segundo camino.

## UN PLAN PARA RECONQUISTAR LA ALEGRIA

Fué así como un día de primavera, exactamente cuando empezaban en Rapa Nui las tradicionales fiestas de Mataveri, llegaron M. Bornier y Adams. Desde el primer momento, se confirmaron los graves cargos que hacía Bornier contra los misioneros. A pesar de la fiesta, “un aire de muerte vagaba por la isla... Los misioneros estaban entristeciendo a los alegres isleños”, pues habían exterminado la poligamia y el comercio sexual libre, que antes se practicaba normalmente.

Gobernaba la isla, por aquellos días, la reina Coemata Etú, que en lengua pascuense significa “Estrella en los Ojos” Su hermano Gregorio había muerto de un modo singularmente ridículo. Convencido de que la cabellera de los reyes es sagrada, no quiso que los misioneros le aplicaran paño húmedos en las sienes ni que le cortaran uno solo de sus larguísimos bucles, para curarlo de ciertas fiebres malignas, y pereció víctima de ellas.

Coemata Etú, que era un bellissimo ejemplar de mujer maorí, se había revelado contra las imposiciones de los misioneros. Acompañada de unos pocos súbditos fieles, se retiró a Anakena, en tanto que los misioneros contaban, como poderosos aliados, con el belicoso cacique Torometi y con su hijo Inú, que desafiaba al mar, escupiéndolo.

Bornier se fué directamente a Anakena y propuso el siguiente plan a Coemata Etú: él y Adams se disfrazarían de sacerdotes de una nueva religión, y la reina, valiéndose de su ascendiente sobre los isleños, convencería a éstos de que los nuevos enviados tenían mucho más poder que los misioneros. Una vez realizada esta labor de persuasión, procederían a deshacer, solemnemente, los matrimonios monógamos y todo cuanto hubieren realizado los frailes franceses.

El plan del hábil veterano de la guerra de Crimea surtió magníficos efectos: gran parte de la población de la isla abrazó la nueva "religión", Torometi y su hijo Inú se "convirtieron" por interés de conseguirse un fusil, y la alegría volvió a reinar en casi toda la isla. Los misioneros quedaron reducidos a la bahía de Angaroa.

Pero, la desgracia de los infelices frailes no habría de parar allí. Un día cualquiera se presentaba ante ellos Torometi a ofrecerles su ayuda, la que tenían que aceptar por la fuerza. Este les robaba cuanto podía. Después aparecía el cacique Temana, denunciando a Torometi y colocando a los misioneros bajo su "protección". Nuevos robos, nuevos sobresaltos. Los frailes, desesperados y semidesnudos, iban de un punto a otro de la isla, huyendo de sus obstinados "defensores", hasta que un día, colmada la paciencia, se embarcaron rumbo de Tahití, seguidos de unos mil indígenas...

Libre de los frailes, Coemata Etú asumió el gobierno total de la isla. Casada con M. Bornier, dispuso que "los frutos de la tierra se repartiesen en tres partes iguales: una para ella, otra para el francés, y la tercera para el pueblo". Prácticamente, el francés recibía dos partes. Los indígenas estaban felices, pues bastaban dos días de trabajo para asegurarse la tranquilidad y la felicidad de un año.

Desde Tahití, los frailes dirigían enérgicas notas a M. Bornier, las que éste contestaba al tenor que sigue:

—"Reverendos padres: Ustedes son unas buenas personas; pero severas y tristes en exceso. Enturbian la alegre inconsciencia de los isleños con excesivos deberes y anuncios espeluznantes. Esto está mal, muy mal. Si hay un Dios, les castigaré a Uds. Porque, ¿a qué viene el llenar de trabas y temores la vida sencilla e inocente de estos hombres buenos y primitivos?"

Este M. Trou de Bornier fué, en realidad, un personaje de carne y hueso. La revolución que organizó contra los frailes franceses tuvo un lamentable fin: un indígena, azuzado quién sabe por quién, lo asesinó a mansalva, desencadenándose, inmediatamente, una terrible revuelta contra sus herederos y partidarios. El resultado final fué el triunfo de los misioneros, que recuperaron su hegemonía so-

bre la isla. La novela de Prado no alcanza a contar el triste epílogo del plan del veterano de la guerra de Crimea. Sin embargo, por uno de esos inexplicables caprichos del destino, en los primeros días de marzo de este año de 1952, es decir, poco tiempo después de la muerte de Pedro Prado, "La Nación" y "El Diario Ilustrado" de Santiago, anunciaron el fallecimiento de la hija de un tal M. Dutrou Bornier en la isla de Pascua, que es, a todas luces, el mismo M. Trou de Bornier de "La Reina de Rapa Nui". Leamos, en efecto, la información de "El Diario Ilustrado", aparecida el 9 de marzo, y que es muy completa: "Valparaíso, (Corresponsal).—En el día de ayer, el Gobernador de la Isla de Pascua comunicó a las oficinas de la Armada que había fallecido en dicha isla la mujer más anciana, a la edad de 92 años. Doña Carolina Bornier, descendiente del ciudadano francés Dutrou Bornier, que llegó de Tahití, era una figura muy querida en la isla. Su padre murió asesinado por los nativos en 1878, cuando encabezó una revuelta para impedir que se diera a conocer la religión católica a los habitantes de la isla. Doña Carolina, junto con su hermana Marta, se escondieron en una de las cuevas que hay en la isla, alimentándose de raíces, hasta que se tranquilizó la situación, y entonces decidieron vivir en la isla. Era una de las figuras más queridas en la isla y deja una numerosa descendencia".

Los datos suministrados por el Gobernador de Pascua no admiten dudas respecto de la identidad de M. Dutrou Bornier con el héroe de la novela, y confirman la acuciosidad con que Prado se informó respecto de Rapa Nui, cuando concibió la idea de este maravilloso relato.

Nuestro personaje trabó rápidamente amistad con Coemata Etú, cuyos dominios colindaban con el jardín de Adams. "En las parras ásperas y nudosas, destacándose contra la penumbra, los pámpanos transparentes y encendidos por el otoño, eran pequeñas llamas resplandeciendo sobre los sarmientos. Bajo la sombra de un grupo de higueras enanas había dos mujeres. Al moverse, grandes manchas de sol corrían por sus cabellos y por sus túnicas blancas y rojizas. Una de ellas era la reina. Al reconocerme me llamó". Más adelante:

“Era una mujercita menuda y graciosa, y tan pequeña que parecía una niña de diez años”. “Una brisa naciente curioseaba bajo su túnica anaranjada, y los gallos silvestres cantaban ocultos en los matorrales”. “Sus ojos eran grandes, negros y húmedos; su frente, tersa y tranquila; la nariz, perfilada, abría las ventanillas sensuales a la brisa marina, y en la boca grande, de labios finos y acariciadores, los dientes blancos sonreían a los higos abundantes. Su cabellera amarillenta era ligeramente tostada, como la piel de su pescuezo largo y flexible”.

La otra muchacha era Jeca Majina, es decir, “Canoa de Luna”, novia del isleño Kanaroga. Hablando de él, ella recuerda en voz alta: —“Hace dos noches me aseguró que mi mirada quedó prendida de su frente como la hebra de la araña”. Riendo, Coemata Etú pone en las mejillas de nuestro viajero una que brilla al sol como “una larga seda” y se aleja con su amiga. “Sentí—dice él—sobre mi rostro un levísimo peso; pero ni mis ojos impacientes, ni mis manos intranquilas lograron desprender la hebra de la araña”.

Acostumbraban los isleños celebrar, noche a noche, parlamentos en la playa, para dar cuenta a la reina de las novedades del día y exponerle sus querellas y sugerencias. Nuestro personaje asiste una noche y escucha sentencias maravillosas de boca de aquella mujercita que sólo parecía hecha para las caricias. Escuchemos nosotros también algunas: Coturhe Uruiri, anciano pastor de Vui Mou, que gozaba de gran ascendiente entre los isleños por su sabiduría, es acusado de haber robado dos ovejas negras a Adams.

—Yo no sé nada—respondió Coturhe Uruiri—. Tú tienes muchas ovejas, y poca falta te hacen las ovejas negras.

—“¡Cómo se entiende!—saltó el danés—. ¿Es decir que yo no tengo derecho a reclamar?

—“No te enfades—le suplicó Coemata Etú—. Todos te ayudan; dales en cambio las ovejas perdidas.

—“¿A los ladrones?

—“Me has dicho—comenzó la reina con su voz armoniosa—que en tu país se castiga el robo. Y yo he comprendido que se casti-

ga porque son muchos los que, no queriendo robar, no desean que otros se apoderen de sus cosas. En Rapa Nui, en cambio, todos roban a todos; de esta manera nadie hace daño a nadie. ¿Por qué no robas tú también?

—“¿Y qué les voy a robar?—replicó con sorna Adams.

—“Roba los conejos y los gallos silvestres—dijo un pescador que se sentaba a mi lado.

—“Como los robos de gallinas, en tiempos de Inucura—prosiguió la reina—eran fastidiosos, porque quedaban las nidadas a medio empollar, sin que nadie lo propusiera se dejaron las gallinas en libertad, y después de aquel tiempo pertenecen a todos, y los muchachos más listos buscan los sitios donde esconden sus huevos.

—“¿Cómo sabes—dijo un joven—si las ovejas negras se te han perdido al igual del sombrero que reclamabas la otra noche?

—“¡Mientes!—gritó Adams; tú encontraste el sombrero y lo tienes en Angaroa.

—“Entonces—dijo la reina—el sombrero no se ha perdido. Si alguien recoge lo que a ti se te cae, no puedes decir que se ha perdido algo. Si lo que cayó nadie lo ve y permanece como oculto o tragado por el mar, sin que a nadie aproveche, puedes decir que algo se ha perdido. Quédate tú con el sombrero—dijo al joven—porque a ti también te aprovecha”.

En esta escena, Prado anticipa nuevos elementos de su futura novela “Un Juez Rural”. Las curiosas sentencias de Esteban Solaguren, inspiradas en un espíritu ácrata o comunitario, tienen su raíz en éstas de Coemata Etú, acabada representante del alma de las sociedades primitivas, donde el concepto de propiedad privada no ha nacido aún y donde el interés colectivo prima sobre el particular.

La visión obsesiva del tiempo, tan característica de su poesía y tan importante, según hemos dicho, en los grandes poetas de 1920, surge en este capítulo, como un prelude a lo que dirá, un año más tarde, en “Los Pájaros Errantes”. Oigámosle: “La arena fresca blanqueaba a la luna. Estrellas azulinas, estrellas doradas, estrellas rojas se veían por el ámbito del cielo silencioso. La Vía Láctea era una

niebla de luz, y el Saco de Carbón, una sima negra en el profundo color del firmamento. El acompasado sonar de las olas parecía medir el tiempo que volaba invisible”.

En la isla, nuestro personaje va de sorpresa en sorpresa. Un día se encuentra con Inú, el guerrero. Le pregunta a Coturhe Uruiri qué opina de la guerra. Este responde: —“La guerra es buena y viene en Mataveri (es decir, en la estación primaveral), y todos sienten cómo nace la guerra en ellos”. El contrarreplica diciendo que, entre nosotros, “es el amor el que nace en primavera”, y Coturhe Uruiri lo desarma afirmando que “el amor y la guerra son hermanos”.

Otra vez van a visitar a Rakaja, el prodigioso tallador de toromiros. Le pregunta: —“Y estos ídolos, ¿son tus dioses? Rakaja le contesta: —“No entiendo lo que quieres decir. Hago esto, porque sé hacerlo, y las gentes que vienen en los buques los piden y dan ropas por ellos”. Intrigado, plantea sus dudas a Adams, quien le responde: —“... hace mucho tiempo, hubo entre ellos sacerdotes que, rodeándose de toda clase de misterios, enseñaron multitud de cosas que hoy nadie recuerda”. Sucedió que los últimos sacerdotes no dejaron herederos ni legatarios, y la tal religión se extinguió sin pena ni gloria. “Pasaron los años; nada de particular ocurrió al pueblo huérfano de intermediarios divinos, y al ganador de la fardela, que es siempre el joven más fuerte y más valiente, se le concedió algo así como las prerrogativas del sacerdocio; pero sin que él ni nadie sepa claramente cuáles pueden ser esas prerrogativas”.

### CUANDO EL MAHUTE SE SECA...

Una espantosa sequía, que había sido, por lo demás, predicha por Coturhe Uruiri, se abate sobre la isla. Se seca gran parte de la flora, se evapora el agua lluvia del cráter del Rano Kao, los animales agonizan de sed, y Coemata Etú, arrastrada por la desesperación, bebe unas aguas infectadas que la envenenan. Delirante, lo llama diciéndole: —“Ven. Ven tú, que has sido bueno. Distingo cosas que

nunca he visto. ¡Venid, venid! Aquí hay un camino de agua que corre sin cesar. Espero que concluya, pero nunca termina, ¡nunca! ¡Cuánta agua! Qué fresca está y cómo me llama. La beben mis pies heridos; la beben mis piernas y mi vientre que se moría de sed. La abrazo como abrazaría a un amante, y su cuerpo es fresco como la carne de un joven. Mis cabellos flotan sobre la corriente. ¡Ningún canto comparable al rumor que hace el agua al penetrar en mis oídos!”

Murió Coemata Etú “en el tiempo en que el mahute se seca”. Lenta y dulcemente. Con la dulce y sabia inconsciencia con que había vivido. Como por obra de un milagro, en el mismo momento en que exhaló su postrer suspiro, una nube apareció en el horizonte, y pocas horas después, toda la isla se estremecía al grito de “¡Evai o'quimai!”, esto es. “¡venid, agua, venid!”

Termina esta novela con la visión de la isla, cuando nuestro personaje vuelve a Chile. Se trata de un capítulo bellísimo, en el que exclama: “¡Oh, misteriosa y tranquila Rapa Nui! envidio tu corte de impenetrables gigantes de piedra, porque su origen nadie penetrará jamás. ¡Oh, isla de los higos llenos de miel y de los plátanos finos y olorosos! tú guardas los restos de la pequeña llamada Coemata Etú, que ahora duerme entre sus súbditos ingenuos y desnudos. La noche que llega borra tu imagen; pero no tu recuerdo; y en medio de tus peces voladores mi pensamiento vuelve hacia ti, seguro de encontrarte al extremo de la estela fosforescente que va trazando en la negrura de las aguas el barco que me lleva a pueblos tristes y atormentados. Feliz la vida de tus hijos que viven lejos de la fiebre y de la ambición de los hombres nuevos. Feliz y sabia la existencia llevada entre fiestas de amor y de abundancia, y únicamente sujeta a las aguas del cielo”.

### “ALSINO”, SIMBOLO DE UN PUEBLO Y DEL HOMBRE

En 1920, año clave en la evolución social y política del pueblo chileno, punto de partida de las grandes reformas que habrían de

dar su actual fisonomía a nuestra democracia, fecha simbólica de la incorporación de las clases media y del proletariado a la política activa, Pedro Prado da término y publicidad a ese vasto poema sinfónico que intituló "Alsino", que canta la historia de un muchacho campesino en cuyas espaldas, un día, surgen alas, realizando la más alta y torturante aspiración de su vida: volar.

¿En qué medida Pedro Prado intuyó los grandes acontecimientos de ese tiempo? ¿Hubo, en él, la intención preconcebida de expresar, en ese bello símbolo, la significación trascendente de la profunda revolución que en ese momento se estaba gestando? Preguntas son éstas que difícilmente podrían contestarse, porque son las mismas que se han planteado respecto de "El Quijote", sin hallar, hasta ahora, respuesta. Lo único positivo que hay es la extraña correspondencia entre el símbolo y su época, entre los anhelos de Alsino, que pugnaba por volar, y los anhelos del proletariado chileno por romper sus cadenas seculares.

Para definir la forma de "Alsino", hemos empleado, deliberadamente, una expresión musical: poema sinfónico. Con ella queremos expresar ciertas bellas singularidades del plan a que se ajusta y del estilo que lo caracteriza. La prosa y la poesía, lo lírico, lo dramático y lo trágico, todos los modos de expresión literaria concurren, en efecto, para realzar la belleza y el mensaje del "programa", esto es, de la historia que en él se cuenta. Esta multiplicidad de elementos no perjudica, sin embargo, la serena grandeza de estas páginas. Armonizadas con talento de compositor magistral, van sirviendo cabalmente para los fines deseados, y el desarrollo del drama fluye, sin esfuerzo aparente, ahogando el alma del lector en un océano de sensaciones, emociones y presentimientos de la más pura calidad humana y estética.

Hemos dicho anteriormente que el paisaje predilecto de Prado fué siempre el de la cordillera de la Costa y sus aledaños. "Alsino" es una magnífica confirmación de este aserto. Su escenario inicial es una pobre caleta acorralada por las dunas juguetonas que recorren las playas vecinas al desagadero de la laguna de Vichuquén,

en la provincia de Curicó. En el capítulo tercero, alternando la eufonía de los nombres indígenas e hispánicos, describirá la zona, a propósito de la fama de la abuela de Alsino: “Desde los maizales y viñedos que rodean la Huerta del Mataquito, por ambas feraces riberas del río, hasta Licantén; desde la miserable caleta de Iloca, a todo lo largo de esa costa escarpada, batida por un mar siempre solitario, hasta las salinas y lagunas de Boyeruca y Bucalemu; por las risueñas aldeas de Alcántara y Paredones, y otras más, de tierra adentro; en los caseríos que se extienden a orillas del estero de Las Garzas y de tantas otras aguas puras y tranquilas; desde el Alto del Perdiguero a la Puntilla de Hidalgos, y más allá de la sombría quebrada de Los Galaces; desbordándose por todos los caminos que cruzan la cuesta de La Lajuela, y las peligrosas sierras de Colhué, corre la fama de la vieja médica de Los Concha”.

Estamos en el mismo escenario que tanto ha interesado a los grandes escritores nacionales. Pocos kilómetros más al sur, a orillas del legendario Mataquito, se levanta Licantén, cuna del poeta Pablo de Rokha. Más allá, se perfilan las tierras pobres que bordean el Maule, cantadas con trémulo acento pastoril por Jorge González Bastías, o evocadas insistentemente por Mariano Latorre en sus mejores cuentos.

En estas tierras ásperas y miserables nació Alsino, delicado y feble hijo de alcohólicos. Sus padres se ganan el diario sustento en las salinas de Bucalemu. El y su hermano Poli quedan al cuidado de la abuela, mujer áspera que recuerda a doña Moñi, la heroína del cuento de Latorre (33). Con esa sabiduría que no dan los libros, sino un lento y largo examen de la naturaleza, la abuela revela al nieto cosas terribles, que seguramente él no entiende: —“Como hijo de borrachos, eres triste, Alsino, y como eres triste, te quedas pensando. No todos los hijos de borrachos son así. Tu hermano es callado. Poli es torpe y flojo. ¿No se pasa los días tendido en la are-

---

(33) Ña Moñi es una especie de doña Bárbara chilena, hija de los bravíos lomajes de la costa, en el cuento de Mariano Latorre “La Vieja del Peralillo”.

na, durmiendo? Tu hermano duerme las borracheras de tus padres. Cuando a ti te engendraron, ellos estaban en el comienzo de esta mala vida y quizá todavía tuvieron fuerzas de vergüenza. Recuerdo que entre sí se culpaban, y la ira de ellos era por desesperación. Querían ser otros de lo que iban siendo. Tú heredaste su tristeza y los deseos de salir y de cambiar. ¿No andas, tú, Alsino, queriendo ser como los pájaros? Pobre niño: bebiste en la mala leche de tu madre las visiones de sus borracheras”.

Y es cierto. Alsino, en su misérrimo jergón, “sueña que volar es una hazaña que no requiere esfuerzo alguno; sueña que volar es un hecho fácil para todo aquel que deja su peso en tierra. Se asombra de no haber tenido antes tal ocurrencia, y una y otra vez, sólo con la fuerza de su propia voluntad, se desprende suavemente del suelo; poco a poco se eleva, y va y viene, con rapidez por el aire”. Entretanto, afuera, “la noche cubre los campos como un agua oscura y sutil. Después de haber penetrado hasta en las últimas concavidades de las dunas, eleva silenciosamente su nivel por encima de las más altas montañas... La luna, que cae hacia el poniente, brilla pálida tras la niebla. En torno de la luna se ven dos nacarados y enormes círculos concéntricos. Alguien ha tañido esa campana de plata: son dos ondas sonoras que se propagan por los dominios de la noche silenciosa. Alguien ha arrojado la luna, como una moneda de oro, contra las mansas aguas del infinito; su caída ha hecho nacer esos círculos crecientes y gigantescos.

“El mar, convertido en una sombra sonora, canta; su voz se mezcla a la niebla que brota de su seno, a la niebla débil que se opone sin fuerzas, al viento frío y cortante que baja de las nevadas cordilleras”.

En éste como en muchos otros pasajes que citaremos oportunamente, Pedro Prado se revela acaso como el más artista de los pintores de la tierra chilena. Experto catador de belleza, no desprecia ninguno de los valores constitutivos del paisaje. Sin descuidar la fidelidad de la transcripción, en la que a menudo utiliza elementos y expresiones folklóricas y populares, se preocupa fundamentalmente de

ir desentrañando la significación esencial del paisaje. Con firme pulso y aguda percepción de simbolista, lo subordina a los problemas del hombre, consiguiendo resultados maravillosos.

Alsino intenta varias veces desprenderse de los árboles y volar, pero, en el instante supremo, se aferra desesperadamente a las ramas. Contagiado por él, Poli hace lo mismo. Un día, por fin, Alsino consigue vencer el temor del vacío y se lanza desde un roble. Cuando su abuela regresa del pueblo, "a donde fué a vender pacientes encajes y remedios milagrosos", encuentra a su nieto con la columna vertebral torcida, al pie del árbol.

Después de una larga lucha contra la fiebre, la abuela consigue salvar la vida del niño. Es curioso, a este respecto, revisar "Alsino" para ver la dolorosa fruición con que Pedro Prado describe los sueños delirantes del enfermito y, particularmente, los extraños y persistentes ruidos que pueblan su cráneo. Parecen, en verdad, indirectos testimonios de los zumbidos que precedieron a los derrames cerebrales y a la parálisis parcial que le afectó en los últimos años de su vida. Descripciones de este tipo son abundante en la obra.

Un día cualquiera, aprovechando una ausencia de la abuela, Alsino escapa del rancho. La fiebre lo enceguece todavía, pero la ansiedad de partir es más poderosa. Sobre la espalda, en el sitio en que sufrió el disloque del espinazo, ha nacido una joroba, y en ella, "dos pequeñas cosas duras e insensibles que salen fuera de la piel". En su afán de conciliar realismo e imaginación, Pedro Prado procura darnos una explicación lógica, científica casi, del origen de las alas. Se ve forzado, por lo mismo, a entrar en detalles fisiológicos francamente desagradables: "¿Serán mis huesos rotos que asoman? Hoy los tengo más salidos aún. Toda mi joroba está caliente y arde como un huevo empollándose. Ningún dolor tengo ya. Sólo siento en ella como una inquietud. Algo así como cuando se nos duerme un brazo: un hormigueo que corre sin descanso".

Este excesivo interés por dar caríz de verosimilitud a una creación pura de la imaginación tiene, sin embargo, una justificación muy atendible. La idea primitiva de "Alsino" nació cuando los hi-

jos del poeta, vivamente impresionados por un pobre jorobado del barrio, se empecinaron en averiguar qué escondía el infeliz bajo aquel bulto. Guiado por el cristiano afán de evitar que los niños se burlaran del enfermo, Prado les contó que ese hombre poseía alas y que acostumbra volar cuando todo el mundo duerme. La explicación, lejos de aplacar la curiosidad infantil, la exacerbó, y el escritor, cogido en sus propias redes, hubo de improvisarles, noche a noche, una larga y circunstanciada historia del accidente, de la joroba, del nacimiento de las alas y de las innumerables aventuras que protagonizaba el personaje gracias a su singular medio de traslación. Al cabo de un tiempo, Pedro Prado había escrito "Aventuras de Curcunchito", cuyos originales prometió entregar para las ediciones de "Los Diez". Efectivamente, aparecieron anunciadas, en 1912, en la contratapa de los "Cuentos de Autores Chilenos Contemporáneos". Tan cierto es que estas "Aventuras" son la forma primitiva de "Alsino", que Ño Nazario, el amaestrador de tordos, lo llama por este nombre en la novela (34).

La segunda parte de "Alsino" comienza, justamente, con el encuentro casual del pequeño lisiado con Ño Nazario, en el interior de una sementera de trigo. Arreciaba enero. "Aires tibios y arremolinados peinaban y despeinaban las sementeras. Tan pronto se las veía de color pardo mate, al mostrar las espigas maduras; luego, brillante, al refulgir el sol en las pajas amarillas y barnizadas. En el cambio de color y en el murmullo que hacían al chocar las espigas

---

(34) En la obra ya citada, Fray Apenta transcribe este diálogo que confirma, en forma irredargüible, nuestra tesis: "Se ha hecho de noche. Me vuelvo a la ciudad, solo, gruñendo como los cerdos a la vista del lodazal... A mi amigo lo he dejado en su casa sentado en el borde de un pilón y rodeado de sus hijos: Pedrito a la derecha, el otro a la izquierda. La luz de la luna les pega de lleno en la cara. Los hijos miran al padre. El padre mira a las estrellas y empieza:

—Este era un chiquitín jorobadito, que tenía alas y... volaba... volaba...

—Entonces, papá, los niños ¿pueden volar?

—Sí, hijo, y los hombres también...

—Pero, hay que tener alas para eso...

—A veces... Quizá...

Dí una media vuelta. ¿A qué escuchar, a qué sufrir más?"

sumisas, se podía seguir las corrientes del aire vagabundo. Ya encendían, en el apagado color de la ladera, un chispazo creciente y veloz de oro vivo; ya iban, como un río de luz en grandes y caprichosas revueltas". Allí conoce a Ño Nazario, hombre de "ojos turbios, sanguinolentos y deshechos" y de grandes barbas desgredadas, que cazaba tordos con liga para zafarles un hueso del ala, punto de partida de su completa domesticación. Sin quererlo ni odiarlo, Alsino siguió muchas veces a este vagabundo, que entraba majestuosamente a las aldeas y caseríos, seguido de su ejército de negros y disciplinados esclavos, y que oficiaba, según las circunstancias, de adivino, médico, tahir o charlatán.

Las alas, entretanto, se han ido desarrollando. Al llegar el invierno, ya puede exclamar Alsino: —"Aquí, escondido como un pájaro nuevo, quiero desentumecer mis pequeñas alas crecientes. ¡Mis alas! ¡Es posible! Día y noche ellas pasan plegadas sobre mi espalda. Mil veces me vienen imperiosos deseos de abrirlas y agitarlas al aire, lleno de deseos y promesas, de las dulces mañanas..." Temeroso, sin embargo, de que el vagabundo se dé cuenta del milagro, lo abandona una noche cualquiera.

Un incidente le revela su nuevo poder. Unos muchachos campesinos le piden que les ayude a arrastrar un cajón con ruedas en el que uno de ellos hace de auriga. Entusiasmados por la facilidad con que lo mueve, se suben todos y quieren obligarlo a tirar. Un carretero que ha estado mirando la escena, con la bestialidad característica de la gente de campo, le endilga un picanazo con la aijada que emplea contra los bueyes. "Alsino, dolorido y colérico, al sacarse con rapidez los improvisados arneses de cordeles, enredó en ellos su poncho, y por zafarse de algo que lo embarazaba, se despojó, a la vez, de todo estorbo, quedando desnudo con sus alas vibrantes de ira. El carretero atónito, como quien ve al diablo, dejó caer la aijada y escapó veloz. En su persecución fué Alsino corriendo y agitando sus alas. Pero como si se mantuviera en un gran salto continuado, notó, de pronto, que sus pies no tocaban tierra. De trecho

en trecho, breves, fueron repitiéndose sus primeros vuelos". Alsino volaba por primera vez en su vida.

Los glosadores no podemos menos que sentirnos inclinados a tentar la relación entre este simbólico Alsino y el pueblo chileno. Ambos han escondido, durante años, el secreto deseo de superarse venciendo taras y abandonos de larga data. Ambos forjan los instrumentos de su liberación mediante dolorosos estímulos. Ambos estallan, por fin azuzados por la injusticia y la dignidad herida en lo más vivo. Refuerza este símil el hecho de que Alsino emplee el poder de sus alas para conquistar una vida libre de imposiciones y patrones, y una sabiduría que le permite entender, sin esfuerzo, el lenguaje de las cosas y la belleza que, fluyendo de ellas, purifica.

Ha pasado un año. Alsino se guarece de las frías ventiscas del otoño en las cavernas de los bosques. "Afuera, en el cielo nocturno, lleno de nubes negras que pasan veloces se ve cómo huye, poseído de terror, el cardumen de las claras estrellas" y como, al detenerse asombradas las nubes, "en medio de un silencio desconcertante, las montañas, solemnes, arremeten y galopan". En su lecho de hojas secas, conversa con éstas y las aduerme refiriéndoles aquella historia de nunca acabar: "Salí caminando un día—salí caminando a pie—y en el camino encontré—un letrero que decía: —Salí caminando un día..." Al clarear el alba, se interna al azar por los caminos. En un molino, los trabajadores se burlan de su desmesurada joroba y le azuzan los perros, pero ante el asombro de los rústicos, Alsino calma el ciego furor de los animales, simplemente hablándoles como a viejos conocidos. Ya las alas han alcanzado toda su plenitud y la hora del vuelo definitivo, está cerca.

En una tarde encapotada por oscuras nubes azules, "cuando ya se creía en la llegada de la noche, una claridad imprevista apareció en el poniente, y un segundo después, los rayos vivísimos del sol tocaron el altozano sobre el cual se elevaba el caserío. La pequeña ciudad, construída de adobes y ladrillos de roja tierra, despertó al amanecer como un vasto incendio, que ardiese entre montes sombríos y contra el cielo tempestuoso y oscuro del oriente". Se trata co-

mo se ve de un fondo digno de un cuadro de Zuloaga, lo que no puede admirarnos excesivamente, puesto que Prado fué pintor bastante estimable y de rica paleta. Dejémosle proseguir: "Desde el llano sombrío por donde iba Alsino, el espectáculo de la pequeña ciudad era de una magnificencia fantástica. No podía él reconocer en esos castillos de oro resplandecientes las torres de la iglesia parroquial, el molino ruinoso, las casas vulgares y las zahurdas misérrimas... Lentamente fué apagándose la luminosa visión; mas, como si el fuego hubiese prendido en el aire, por largo tiempo una claridad rosa bañó el ambiente".

Fué en ese momento cuando reparó en un vasto conciliábulo de golondrinas, que parecían haberse dado cita en un pantano vecino a la ciudad. Puso atención a sus diálogos y "pudo saber que todas las de la región se habían reunido ese día para emigrar". Cuando el negro enjambre se remontó en el aire, rumbo al norte, "Alsino sintió una agitación angustiosa. Su sangre ardía, sus ojos contemplaban el sitio impreciso del aire por el cual desaparecieron, invisibles, las innumerables golondrinas. Sin darse cuenta de sus actos, se encontró con sus grandes alas desnudas, abiertas y temblorosas. Las plumas agitadas hacían un rumor semejante al de los pajonales. Dió un grito ahogado y terrible; lo estranguló a medias la angustia que le oprimía la garganta, y sus alas enardecidas con un furor de éxtasis o muerte, engancharon en el aire. Elevando el cuerpo, mientras los ojos se entrecerraban, y la cabeza, en desmayo, echada atrás, recibía el roce de blandos vientos, ellas prosiguieron rítmicas, serenas y poderosas".

Esta segunda parte de "Alsino", acaso la más bella y lograda del libro, termina con un elevado canto de Alsino a la luna cercana, a la tierra remota y a la indescriptible alegría de volar.

La tercera parte está consagrada a las extrañas aventuras de este hombre-pájaro, que pronto, y sin quererlo, se convertiría en el terror de los campos y en el tema preferido de las medrosas conversaciones de los inquilinos junto al brasero. Un ermitaño cree que es el enviado de Dios que había esperado tanto tiempo. En un bosque

de peumos y quillayes intima con una bandada de choroyes, pero tiene que huir, espantado por su interminable cháchara de asamblea femenina. En los potreros, gusta espantar a las grandes manadas de potros y domar a los más rebeldes y bravíos. Volando sobre las olas saluda al mar en frases memorables: "Tú perduras viviendo aquel día primero del mundo, cuando Dios te tiñera de eterno al pasar sobre tí con su sombra y su acento, y en las cimas, ¡oh, padre! que forman los montes mayores, te hundiera y atara por siempre". Es interesante, de paso, anotar que en la mayor parte de estos cantos, Prado organiza de tal modo el ritmo de las frases, que casi equivalen a versos. Sirvan, como ejemplo, el párrafo precedente y otro que transcribiremos a continuación, tomado del capítulo en que, aplacada la tempestad, Alsino saluda a las nubes traspasadas de sol crepuscular: "Ved en nubes tenidas por vanas, unos tras otros los vivos matices en todas las flores y de todas las cosas que en tierra encarnan belleza; ved cómo adquieren las mil y una formas de todos los cuerpos que saben de actitudes divinas. Es mundo formado de sólo las cosas mejores que nunca descansan en tedio de rasgos, por siempre, seguros y quietos. Jamás satisfecho, ondula buscando, por todo un abierto e infinito camino, las formas futuras de ensueño".

Capítulos maestros de esta tercera parte son, en primer término, aquel intitulado "En el Verano Silencioso", en que, con tacto exquisito nos cuenta cómo Alsino posee a una muchacha junto a un río. El segundo es "Nocturno", consagrado a una noche de abril, en que Alsino vuela cantando: "Madre de toda cosa impenetrable, tu oscuridad se presenta al igual de un viento imprevisto, avivando las innumerables interrogaciones que el hombre perennemente se hace. Ellas brillan como chispas que brotan de una hoguera encendida en la negrura de la montaña. Gritos de perdidos caminantes, oraciones te cruzan y suben invisibles. Traspasado de todas ellas quedo en mis vuelos de cada noche. En sus ansias de llegar a la altura, flechas ciegas disparadas al cielo, las que en su camino me encuentran, sutiles y terribles me atraviesan". El tercero, que sirve de epílogo a

esta parte, llámase "Soledad" y es de gran fuerza dramática: Alsino ha llegado, en sus correrías aéreas, al viejo rancho de la infancia y encuentra a su abuela agonizante. La vieja lo ve armado de dos poderosas alas y cree que es su nieto muerto que viene a buscarla de parte de Dios. Esta "aparición" acelera su muerte. Cuando Alsino se da cuenta que ha quedado definitivamente solo en el mundo, afloja los horcones que defendían el rancho de la presión de las dunas, y un cerro de arena se desploma, dulce y piadosamente, sobre la vivienda y la abuela.

### LA OTRA CARA DEL ANHELO

La cuarta parte narra la caída de Alsino en manos de la policía rural, que lo sorprende a fines de un invierno, tratando de robarse, presionado por el hambre, una gallina en el interior de un huerto. Con la brutalidad que suele distinguirlos, los gendarmes lo ahofetean y escarnecen, y uno de ellos le despunta las alas a tijeretazos, dejándoselas convertidas en un guiñapo sanguinolento. Después, mientras corren a comunicar la noticia al dueño del fundo, que es también "dueño" del retén, le cuelgan de la barra en compañía de rateros y borrachos.

El dueño del fundo don Javier Saldías, concibe inmediatamente la idea de explotar al muchacho, exhibiéndolo en las grandes ciudades como un monstruo o "fenómeno", término con que el pueblo designa a animales o personas que nacen con alguna deformación o anormalidad física muy extraña. Con este objeto lo confía a la vigilancia de Banegas, uno de sus inquilinos.

El escenario ha cambiado. Prado se ha tornado menos explícito en los detalles geográficos. Nos inventa una hacienda llamada Las Vegas de Reinoso, en una provincia que no indica, pero nos hace saber que se extiende al pie de los Andes, junto a los primeros contrafuertes de la gran cordillera. Después del asombro inicial, los moradores de la casa terminan encariñándose con el mutilado prisionero. Este retribuye su bondad, poniendo en juego sus conocimientos

de medicina natural para sanar toda suerte de achaques y dolencias. Su principal protector llega a ser Abigail, la hija del hacendado. Como era de esperar, Alsino y Abigail se enamoran, pero el idilio se trunca, inesperadamente, con la muerte de la joven. Alsino, enloquecido, escapa, derribando a su paso a los inquilinos que trataban de retenerlo. "Las ovejas, al entender sus voces de desesperación y de locura, como quedase abierta la puerta que daba hacia el campo, fueron tras él por los caminos sumidos en la noche, balando lastimeras".

Varios capítulos de esta cuarta parte dejan la impresión de ser innecesarios. Tales serían, a nuestro juicio: "La Ayuda Parroquial", "Un Año Triste", "Entrevistas", en que unos yanquis se interesan, no por sus alas, sino por su esqueleto, y "La Fiesta Desconocida". Sin ellos, el libro no perdería nada, y habría ganado, en cambio, en agilidad (35).

La parte final, la quinta, recupera el tono y la belleza de los primeros capítulos, y cuenta con páginas dignas de antología. Alsino ha llegado a un rancho de piedra, asentado en plena cordillera. Viven allí un leonero viejo e inválido y sus tres hijos: Cotoipa, muchacho de cortos años; Rosita, que ha tenido, hace un año, un niño de padre desconocido; y Etelvina, la mayor, que atiende el pequeño almacén que les asegura el sustento de cada día. Como en Las Vegas de Reinoso, Alsino compensa la acogida cordial sanando a todos los enfermos de los alrededores. Su fama de curandero se extiende rápidamente, y con ello, la clientela del negocio. Esta competencia provoca la sorda ira de una médica vecina, madre de don Cleofe, el cestero, la que decide eliminar para siempre a su rival. Valiéndose del visible interés de Rosita por Alsino, quien sigue enamorado de Abigail, la vieja la induce a derramarle, mientras duerme, un líquido en los ojos: —"En los dos, no olvides—le dice—. ¡Verás!

---

(35) "Entrevistas" pudo haberse salvado si el autor se hubiese preocupado más de él. Es interesante porque constituye una dolorida reacción contra el utilitarismo de los empresarios norteamericanos, ya apostrofados por el gran Rubén Darío.

En adelante te seguirá a todas parte como un perro...” Efectivamente, Alsino hubo de seguir a Rosa como un perro, porque el líquido infernal era un ácido que lo dejó ciego para siempre. La mujer creyó morir de desesperación, pero Alsino la consolaba diciéndole: —“¿Aún lloras, Rosa? ¿Por qué te torturas? También mis ojos ciegos saben de lágrimas; y acaso los ojos, más que para ver, nos fueron dados para llorar”.

Alsino ocupaba las interminables horas de su cárcel de sombras irreparables, cuidando al hijo de Rosa y sanando enfermos, a los cuales hablaba en agrestes parábolas que ellos difícilmente entendían. Extrañas profecías escapaban de sus labios: —“Sí, viene sobre nosotros la guerra, y para muchos el largo sueño. ¿Y cómo eludiría? Y a todos los que en ella intervengan les será fatal. Que los victoriosos quedarán al igual que los vencidos, dominados por lejanos pueblos; y sólo sangre inútil y ruina habrá por todas partes. Y vendrán tiempos de confusión, y los mismos pueblos dominadores fermentarán como las cubas donde hierve el mosto. En ellos lo que está arriba estará abajo; y lo de abajo, arriba; y lo que debiera estar sobre todo vivirá eclipsado, invisible por el velo que la sangre vertida pone ante los ojos de los hombres”. Estas visiones se hacían extensivas al destino mismo de la tierra: —“Y cuando llegue el día ansiado nadie lo reconocerá, y seguirá la confusión y el desencanto... Y se verá que la despreciada caridad hizo su buena obra y la ambición la suya, y que aquellos instintos tenidos por bajos, laboraron fieles y necesarios. Nada deberá ser, en adelante, despreciado. Y cuando esto se haya conseguido, siglos mediante, no tardará mil años el mar en volver a recuperar estos valles”.

Concebido durante la primera Guerra Mundial, “Alsino” refleja los temores y la desorientación de los intelectuales de ese tiempo, y las soluciones místicas en que éstos refugiaban su impotencia para conjurar tanta fuerza apocalíptica desencadenada.

Un incidente desagradable e inesperado precipita el fin de Alsino. Ansioso de volar aunque fuera por última vez, propone a Coitoipa un viaje por el éter, en que el niño le servirá de lazarillo céles-

te. El muchacho se resiste, francamente acobardado. Por fin se resuelve, y Alsino emprende el vuelo. Desgraciadamente, Cotoipa, víctima de un terrible ataque de terror y vértigo, se aferra al ciego, le traba una de las alas y ambos se precipitan a una quebrada. El niño, que ha caído sobre el cuerpo de Alsino, resulta ileso y escapa a perderse. En cambio, Alsino, que ha sufrido toda la rudeza del golpe queda malherido y abandonado en la hondonada. En verdad, no abandonado, porque las aves del cielo y los animales de la montaña vienen a hacerle compañía y a calmar sus agudos dolores. El zorro le lame cuidadosamente sus piernas desgarradas. Una vieja tenca imita el canto de los demás pájaros, para entretenerlo. Un zorzal mero le trae doradas uvas, últimos restos del otoño en retirada. El quetquete o martín pescador llega con plateados pejerreyas, las tijeretas, con flores, y los abejones silvestres con goterones de miel para cicatrizar sus heridas; arañitas rojas tejen incansablemente finas telas sobre ellas, y el puma le hace compañía, echado a su lado "como un perro que piensa, dolorido de no comprender".

La fiebre, sin embargo, prosigue devorándolo por dentro. El ciego, cojeando, va gastando sus últimas reservas vitales en entonar sus postreros salmos al destino. Una noche, ya perdida la razón, intenta salvarse echándose a volar rectamente hacia arriba. "Sus voces delirantes hieren el profundo silencio del campo, como los graznidos penetrantes de una inmensa ave agorera". El aire se enrarece más y más, el corazón golpea dentro del pecho como una furiosa campana, pero él sigue ascendiendo: "¡A despertar, a despertar!", aúlla.

—"¡Oh, despertar...! Y como quien desata sus ligaduras, extiende tembloroso sus manos, y echando sus alas hacia adelante y hacia abajo, en su desesperación, las toma y aprieta entre sus brazos como en un círculo de hierro. Súbitamente cae con una velocidad espantosa, que se va acelerando al infinito. Antes de que a él vuelva el sentido de la realidad, el roce de su cuerpo con la atmósfera, cada vez más densa, empieza a encender sus alas y, rápido como un vértigo, el fuego se apodera de él y lo consume.

"Era en el mes de mayo, mes de estrellas fugaces. Confundido

entre las que cayeron esa noche, nadie fuera capaz de distinguirlo. Unas leguas antes de llegar a la tierra, de Alsino no quedaba sino ceniza impalpable. Falta de peso para seguir cayendo, como un girón de niebla, flotó sin rumbo hasta la madrugada. Las brisas del amanecer se encargaron de dispersarlas. Cayeron al fin, sí; pero el soplo más sutil las volvía a elevar. Deshechas hasta lo imponderable, hace ya largo tiempo que han quedado, para siempre, fundidas en el aire invisible y vagabundo”.

El epílogo es digno, como se ve, de una obra que fué concebida en plan de sinfonía y en cuyo estilo estuvieron siempre presente las exigencias poéticas más rigurosas.

### OPINIONES

La crítica fué unánime en el elogio de este libro maestro de la literatura artística chilena. Alone ha dicho de ella: “Más tarde, siguiendo su labor, Prado publicó “Alsino”, su obra más voluminosa, fábula de un jorobado, al que le brotan alas y que vuela sobre los bosques y los lagos entonando himnos. Encierra trozos de una rara belleza y de un lirismo espléndido; pero es desigual, fragmentaria y tiene graves caídas a tierra” (36).

Arturo Torres-Río seco, después de enjuiciar “Un Juez Rural”, afirma: “Pero la obra maestra de Prado es “Alsino”, que algunos críticos han clasificado como cuento de hadas, otros como alegoría y otros como obra de simbolismo trascendental. “Alsino” es la sencilla leyenda de un muchacho, un campesino chileno, que anhela volar y que, en sus esfuerzos por hacerlo, cae de un árbol y queda jorobado. Con el tiempo, sin embargo, su joroba se convierte en un verdadero par de alas; Alsino vuela bajo el cielo azul, sobre valles, montañas y ríos; desciende a la tierra y entra en contacto con la realidad fea y cruel; lo confunden con un ángel, lo prenden, le cortan las alas y lo exhiben en una jaula; finalmente, una muchacha que trata de lograr su amor lo ciega. Echa a volar una vez más y

---

(36) Alone, obra citada.

cae herido en el fondo de un precipicio, donde oye voces de las fuentes y de árboles; allí el zorro viene a lamerle las heridas, las bestias salvajes le llevan flores, frutas y carne, y las palomas silvestres arrullan su sueño. En su agonía, Alsino siente un último impulso de volar y, a una altura vertiginosa, repliega sus alas y su cuerpo se inflama". Después de citar íntegro el párrafo de la caída y la volatilización que ya conocemos, Torres-Río seco prosigue: "El simbolismo de "Alsino" es claro: el jorobadito alado es el hombre que anhela remontarse por sobre la fealdad de la vida hacia las regiones del infinito y, sin embargo, queda fatalmente ligado a la tierra. "Alsino" es incuestionablemente la más alta expresión de la tendencia psicológica y filosófica en la novelística hispanoamericana, tendencia que, después de la novela rural, ha atraído al mayor número de escritores" (37).

La atenta lectura de "Alsino" y de los diversos juicios críticos que acerca de él se han formulado, nos ha llevado al convencimiento que en esta obra, Pedro Prado ha querido, tal vez más inconsciente que conscientemente, escribir la epopeya simbólica de su pueblo, a quien quería entrañablemente, no obstante su aparente indiferencia por los movimientos sociales y políticos de la tormentosa época en que le correspondió vivir.

Sorprende, en efecto, el que haya elegido como héroe de su creación, no a un robusto mocetón o a un joven intelectual, sino a un muchachito analfabeto, sobre cuyo destino se cierne el mismo fantasma que, hoy por hoy, amenaza las reservas vitales de la raza: el alcoholismo. El hecho de que haya preferido a los campesinos y no a los trabajadores industriales de las ciudades, debe explicarse por la fisonomía del anarquismo místico, tan de moda en los días de su formación. No olvidemos que era el tiempo en que la juventud buscaba el retorno a la sencillez de los primeros cristianos, en conformidad al pensamiento tolstoyano, y en que el socialismo agrario de Henry George dominaba todo el pensamiento moderado de izquierda. Es también digna de consideración la circunstancia de ini-

(37) Arturo Torres-Río seco, obra citada.

ciar el poema en las tierras más pobres del centro—las de la cordillera de la Costa—donde el trabajo humano corresponde, en toda su magnitud, a la maldición bíblica, y de terminarlo en los abruptos contrafuertes andinos, no menos inclemente que la costa.

En “Alsino”, más que un ansia de liberación colectiva, campea el deseo de libertar al individuo de todas las trabas del Estado y de la sociedad, para convertirlo en una victoriosa autarquía. En cuanto al perfeccionamiento espiritual, el héroe de Prado es anti-racional fundamentalmente. Para él, no existe sino la escuela de la naturaleza y la fuerza rectora de los instintos. Si se nos permite la expresión, “Alsino” es la glorificación de un vagabundo ideal, mil veces más libre y poderoso que el de “Los Pájaros Errantes”, puesto que posee, sobre él, la ventaja de sus dos robustas alas.

El fracaso y la muerte del héroe entraña una amarga crítica a la sociedad entera. Como en “El Quijote”, todas las gentes parecen conspirar contra este muchacho que ha logrado levantar su hermosa frente sobre la masa y que desea salvarse de la triste condición de sus hermanos. Molineros, carreteros y romeros lo escarnecen y lo golpean. La policía lo trata con peor saña que si fuera un delincuente. El hacendado sólo piensa en explotarlo exhibiéndolo. El cura lo considera un poseso, un endemoniado. Los periodistas, un instrumento político del hacendado. La médica vecina del leonero, un temible competidor profesional.

A modo de cristiana contrapartida, están con él, estimulándolo, consolándolo en su prisión, aliviándole sus dolencias, los niños, las bestias del campo, los pájaros del cielo, los árboles y el agua, vale decir, los humildes del corazón, los pobres de espíritu.

Aun cuando “Alsino” puede clasificarse como una epopeya simbólica del pueblo chileno, los problemas humanos, morales y filosóficos que plantea tienen la universalidad suficiente para que se le estime, también, una epopeya general, válida como elogio de todos aquellos que procuran empinarse sobre la mezquindad de su ambiente, fracasando dolorosamente en su intento.

(Continuará)